



TE ECHARÉ DE MENOS

Javier Palomo

TE ECHARÉ DE MENOS



Primera edición: marzo 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Javier Palomo

© Celia Palomo: diseño de portada.

ISBN: 978-84-10082-96-0

ISBN digital: 978-84-10082-97-7

Depósito legal: M-6270-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Irene,
a quien mientras escribía estas páginas vi encaramarse
por la vertiginosa espiral de la torre Vor Frelsers Kirke de
Copenhague.*

1

Angustiado, subió en el ascensor con el carro escolar a rastras y se lanzó hacia la puerta de su casa. Llamó al timbre con impaciencia hasta que oyó el chasquido de la llave al girar en la cerradura y, un instante después, vio abrirse la puerta. Las pocas esperanzas que había albergado se desvanecieron al momento, porque la mujer que apareció en el umbral no era su madre.

—Adelante, Andrés.

—¿Qué pasa? ¿Quién eres?

—Soy Manuela, una amiga de tu papá. Me ha pedido que esté contigo en casa hasta que él salga del trabajo. Quitate el chubasquero, que vienes todo mojado.

Sin entender la situación, el niño entró en su habitación, cerró y se tumbó en la cama boca abajo.

Al poco, oyó que la puerta se abría, pero no levantó la cabeza.

—Andrés, tengo galletas de las que te gustan y un huevo de chocolate. Ven a merendar, ¿vale?

Tras un rato, salió de la habitación.

—¿Dónde está mamá?

—¿No te lo ha dicho tu papá? Parece que ha salido de viaje.

—¿Por qué?

Sus manos se enredaron una con otra en busca de protección y una lágrima rodó por su mejilla.

—No te preocupes.

Las lágrimas siguieron brotando hasta dejar su rostro anegado.

—¡Quiero ver a mamá! —sollozó.

Se sentó frente al televisor de su cuarto, sin darse cuenta siquiera de lo que aparecía en la pantalla, a pesar de ser su programa favorito. Su cabeza estaba lejos de allí. Se comió las galletas, aunque por primera vez se le atragantaron. Con tristeza, repasó lo ocurrido en el horrible día transcurrido, que había empezado cuando, al levantarse, su madre no estaba. Su padre lo había mandado al colegio con prisas y sin explicación alguna. Las clases de la mañana se le hicieron eternas, y cuando la maestra le dijo que se tenía que quedar a comer en el colegio, sintió unas ganas enormes de volver a casa; sin embargo, sus esperanzas de que todo fuera una pesadilla se desvanecieron en cuanto la puerta se abrió.

Con una tremenda pena en su interior, se enroscó como un ovillo sobre la cama y se quedó dormido, pero su sueño fue intranquilo. En él se vio junto a su madre, ella sentada en el sofá y él con la cabeza reclinada sobre su regazo. La tocaba, la olía, se sentía en la seguridad del vientre materno, pero súbitamente la protección se truncó y se vio con la cabeza envuelta en los tentáculos de un animal horriblemente viscoso que intentaba devorarlo. Al despertar sobresaltado, miró a su alrededor. Estaba solo. El refugio que había desaparecido en su viaje onírico tampoco existía en su vida real. La tele seguía con sus programas infantiles, pero a Andrés le parecieron imágenes de otro mundo, una realidad que había dejado de existir. Recordó las palabras de la mujer. Su madre se había ido. Se preguntó si aquello no sería otro sueño, que desaparecería en un instante, y quiso creer que tal vez si iba a la cocina la encontraría allí, preparando la cena como todas las tardes. Ese pensamiento le dio fuerzas, así que sacudió la cabeza y se levantó, pero sus ilusiones no duraron más de lo que tardó en salir al comedor. Parado en el umbral, pronunció las únicas palabras que pudo.

—Quiero ver a mi mamá.

—Eso no es posible de momento, Andrés, pero intentaré ayudarte en lo que pueda. Lo siento.

Dando media vuelta, el niño se encerró de nuevo en su cuarto, se metió debajo de la cama y volvió a llorar. Su mundo se había

roto en mil pedazos. Aunque no quería que fuera verdad y no soportaba perder lo que, hasta aquel momento, había sido tan fácil como abrir los ojos, lo cierto es que su madre no estaba con él; eso era lo único que tenía en su presente, y equivalía a no tener nada. En un intento de buscar ayuda, pensó en su padre, pero la imagen que le vino fue la de una persona siempre ocupada, siempre con prisas, nunca con tiempo que dedicarle.

El golpe de la puerta de la casa al cerrarse y el sonido de la llave al dar doble vuelta en la cerradura le hizo retornar a la realidad y aguzar el oído en su escondite. Al oír la voz de su padre permaneció expectante, hasta que vio abrirse la puerta de la habitación y aparecieron unos pies en el rectángulo de mundo visible desde su rincón.

—¿Dónde estás, pequeño? —preguntó su padre mientras se asomaba debajo de la cama—. Ven conmigo.

Andrés sintió que lo agarraba de la muñeca, lo sacaba en volandas con las manos bajo las axilas y lo sentaba en la cama.

—Hola, Andrés.

—Quiero ver a mamá.

—Mamá se ha ido.

—¿Adónde? ¿Por qué? —preguntó sin dejar de llorar—. Quiero verla.

—No puede ser. No sé adónde ha ido.

—Pero quiero verla.

—Venga —dijo, y le revolvió el pelo para dar por acabada la conversación—. Vamos afuera, seguro que Manuela ha preparado algo bueno para cenar.

Andrés lo vio alejarse y se levantó de la cama.

—Siéntate, tu padre se está cambiando —le dijo la mujer desde la cocina.

—¡Qué tiempo! —exclamó el padre al salir de su habitación—. Parece que este mes de octubre no sabe hacer otra cosa que llover.

La cena estaba hecha a su gusto, pero ni los espaguetis con tomate ni las croquetas estaban ni la mitad de buenos que los de su

madre. Se entristeció cuando su padre le preguntó si le gustaban. «Quiere que lo encuentre todo perfecto», pensó. En cuanto acabó, se fue a la cama sin que nadie se lo exigiera.

A la mañana siguiente, se marchó a clase arrastrando su carro, como el que acarrea una pesada carga. El cielo gris no hizo sino aumentar su pesadumbre. En el colegio todo parecía normal, sus amigos también, nada había cambiado para nadie excepto para él. La profesora lo abordó cuando acabaron las clases matinales.

—Andrés, tu papá ha vuelto a llamar para que te quedes hoy también en el comedor. Si necesitas cualquier cosa, dímelo, ¿vale?

Beatriz se le acercó para jugar. A ella le podría contar cómo se sentía.

Volver del colegio le resultó difícil. Al final del camino le esperaba una mujer que no era su madre con una merienda que, aunque pudiera ser la mejor del mundo, él iba a ser incapaz de disfrutar. El recibimiento fue el esperado. Manuela se empeñó, en vano, en hacerle la tarde agradable. Cuando por la noche llegó su padre, Andrés insistió en lo único que le importaba.

—¿Cuándo va a venir mamá?

—No lo sé, pequeño. No sabemos dónde está.

Entró en la habitación sin ganas de cenar ni de ver la tele. Su madre había sido sustituida por una extraña.

2

Cuando Mercedes se enamoró, decidió que su futuro pasaría por ser ama de casa. Fregar, limpiar, salir a comprar y preparar la comida para su familia eran actividades que la satisfacían. Le gustaban sus ocupaciones cotidianas, pero sobre todo la independencia de la que disfrutaba, no dar explicaciones a nadie de lo que hacía o dejaba de hacer. Al entrar en casa y cerrar la puerta tras de sí, sentía que accedía a su territorio. Allí nadie le decía cómo tenía que gobernar su reino, ni qué tarea debía realizar antes que otra, y una vez cumplidas sus obligaciones, disponía de tiempo para organizar su vida.

De joven tuvo varios pretendientes, antes de que Tomás la sedujera con su simpatía, se casaran y vivieran juntos. Morena, alta, con el pelo rizado, resultaba atractiva, incluso ahora que frisaba los treinta y cinco. Ella no solo lo sabía, también lo explotaba. Le agradaba ir a comprar con sus vestidos más bonitos. No era manirrota, pero le gustaba ir arreglada. Disfrutaba jugando a los malentendidos con los vendedores del mercado, aunque nunca iba más allá de las frases de doble sentido, salvo con aquella pescadera que a veces dejaba que las manos de ambas entraran en contacto. Cada vez que la joven de pelo en cresta alargaba en exceso el momento de pasarle la compra, sentía un pequeño escalofrío. «¿Y qué? Lo hago por diversión», pensaba ella al alejarse.

Su fidelidad hacia Tomás estaba fuera de duda y su comportamiento era irreprochable. En el momento en que asumió cambiar libertad por sometimiento, aceptó estar siempre dis-

puesta y disponible para él. Esa era la forma de que la relación fuera fluida y apacible. No estaba descontenta de su matrimonio, en el que las desavenencias no pasaban de las que pudieran surgir en el devenir cotidiano. Su marido se portaba bien y por lo general tenía buen carácter, siempre que ella cumpliera con los requisitos esenciales: la cena servida a la hora y la relación conyugal cuando él la demandara. Más que considerar que estaba supeditada al marido, prefería pensar que se dejaba mecer como las espigas de trigo. Según afirmaba, era la mejor manera de no quebrarse.

Nueve años de matrimonio se habían llevado muchas de las ilusiones de Mercedes cuando aquella mañana oyó a Tomás despedirse desde la puerta. Le correspondió con un gesto desde la distancia, entró en el baño y le dio a Andrés unos retoques en el pelo. Se lo roció con agua pulverizada y, mientras le pasaba el peine, miró su coronilla rebelde.

—Qué suerte tienes de haber sacado el pelo tieso de tu padre. Bueno, el que tenía, porque ya no le queda ni uno.

Recordar a su marido con pelo le trajo el contraste de la imagen, no solo física, del momento actual. ¡Qué lejos quedaba aquel Tomás omnipresente en su vida! Fue a la cocina, le preparó el desayuno a su hijo y salieron a la calle. Dejó al niño en el colegio y, cuando este hubo entrado, se tomó un café con las otras madres. Sobre todo, estaba a gusto con Sofía Sangüesa, la madre de Álvaro. Su amiga le comentó que al año siguiente iba a dejar que su hijo fuera solo al colegio.

—Este curso se está acabando, y creo que ya son mayores. Hay que darles la oportunidad de sentirse responsables.

—No sé, solo tienen ocho años. Siempre he tenido a Andrés tan cerca de mí...

—El colegio está a dos pasos de mi casa, Mercedes, y también de la tuya.

Si su amiga no le hubiera abierto los ojos, no se habría dado cuenta de que Andrés estaba creciendo rápidamente y que sus necesidades cambiaban al mismo ritmo.

—¿Ya te vas? —le preguntó Sofía al ver que llamaba a la camarera.

—Sí, tengo hora en la peluquería. Me lo quiero vaciar un poco.

Aunque su aspecto físico la satisfacía y le daba seguridad en el trato social, había un detalle de su cuerpo que la disgustaba: su pelo rizado. Cuando veía a las actrices con sus melenas lacias, le daban tanta envidia que se cepillaba continuamente para estirar el rizo. Había probado varios métodos, químicos y mecánicos, pero ninguno la satisfacía: los alisadores en spray le duraban cinco minutos antes de perder totalmente su efecto; la plancha eléctrica resultaba más efectiva, pero era tremendamente tediosa. La usaba solo los días especiales, cuando salía a cenar con Tomás. En la peluquería, alguien le aconsejó que usara una disolución de formol en agua.

Entró en una droguería, un poco indecisa.

—Deme una botella de formol —dijo al dependiente que salió a atenderla.

—¿De cuarto?

—Está bien.

—Si no es mucho preguntar, ¿para qué la quiere? No es habitual vender formol si no es para uso industrial, y en ese caso la cantidad es mucho mayor.

—No importa. Lo quiero para alisarme el pelo. Me ha dicho una amiga que no hay nada mejor.

—Es verdad que todos los alisadores con queratina lo llevan, pero no deja de ser peligroso. Lleve mucho cuidado, es muy tóxico por inhalación. Tenga, llévese una mascarilla.

Al llegar a casa, siguió los consejos del droguero para hacerse la aplicación. Un suave cepillado de su melena con una disolución de aquel líquido convirtió sus cerrados rizos en suaves ondas. Se puso un vestido desmangado de flores, acorde con el tiempo primaveral,

y al mirarse en el espejo se encontró radiante. La falda por encima de las rodillas, ceñida a las caderas, y los zapatos de medio tacón, estilizaban su figura. Al salir al descansillo se encontró con su vecina Luisa, que en ese momento fregaba el suelo del rellano frente a su vivienda. Se paseó por la avenida hasta el mercado, donde compró verdura y algo de pescado.

—Caramba, Mercedes, qué guapa te veo —le dijo la joven vendedora.

Enfiló calle abajo hacia el parque, se sentó en un banco junto al estanque y sacó de su bolso de piel blanco crudo un bolígrafo y una libreta. Desde pequeña cultivaba aquella fuerza imparable que le impulsaba a escribir casi a diario. Abstraída en sus pensamientos, anotó: «Tengo la ilusión de los quince años. Disfruto de mis cosas, pero también atesoro la ventaja de poder cambiarlas por otras cuando se me antoje».

3

La subinspectora de policía Rosa Toledo esperaba en su despacho. Había convocado a Tomás Cernuda a primera hora de la mañana. Menuda y fibrosa, sus ojos marrón claro resultaban levemente amables, aunque por su cargo mostraba a menudo un gesto más frío y distante.

—Buenos días, señor Cernuda. Siéntese. Soy la subinspectora Rosa Toledo, y él es el agente Carlos Andrade. Estamos encargados del caso de desaparición de su esposa.

—¿Desaparición? Mi mujer se ha ido voluntariamente.

—Una llamada anónima informó ayer de su desaparición. ¿Cuándo se enteró usted de que su mujer se había marchado?

—Anteayer por la mañana.

—¿Cómo ocurrió?

—Cuando me levanté, mi mujer no estaba en la cama. Me extrañó, porque soy siempre el primero en ponerse en pie. Ella se levanta justo después, en cuanto entro en el baño. Miré por la casa, pero tampoco la vi. En la cocina, el desayuno de Andrés estaba sobre la mesa, y la cafetera que Mercedes me preparaba cada mañana estaba vacía y sujetaba una nota. «Adiós, Tomás», decía. Desde el trabajo llamé varias veces a lo largo de la mañana, pero como no obtuve respuesta, cerca de la una me planté en mi casa. Aunque habitualmente no suelo ir a comer con ellos, era su hora de preparar la comida. No había ni rastro de Mercedes, así que llamé al colegio para que el niño se quedara a comer allí. En aquel momento comprendí que mis temores eran ciertos, que mi mujer había tomado la

determinación de largarse. Contacté con mi amiga Manuela Simón para que se acercase a mi casa y le abriera la puerta a mi hijo a la salida del colegio, porque yo tenía que estar a esa hora en el trabajo.

—¿Sabía usted que su mujer se iba a ir de casa?

—No tenía ni idea.

—¿Pasó algo entre ustedes?

—Hace unos días fue nuestro aniversario de boda, y yo lo olvidé. Tuvimos una discusión.

—¿Qué tipo de discusión?

—Como otras que habían surgido últimamente.

—¿Conserva la nota que le dejó su mujer?

—No. Para mí era un punto final, y como tal lo consideré. Arrugué la nota y la tiré a la basura.

—¿Desde cuándo conoce a su nueva compañera?

—Desde este verano.

—¿Le dijo su mujer algo a Andrés sobre sus intenciones?

—Nada, mi hijo está totalmente desorientado.

—¿Sabe adónde puede haber ido?

—Ni idea.

—Gracias por su colaboración. Mañana pasaré por su casa para hacer un registro en su vivienda y conversar con su hijo y su amiga.

Una vez a solas, Toledo repasó la diligencia abierta. ¿Quién habría hecho la llamada anónima? Todo apuntaba a que la desaparición de Mercedes Pastor había sido provocada por sus desavenencias con el marido. Al hombre le había faltado tiempo para llevarse a casa a su amiga, con la que mantenía una relación ya establecida con anterioridad. Lo habitual en tales casos era que existiera una conexión directa entre la relación extramatrimonial y el malestar que había llevado a la esposa a abandonar el hogar. Sin embargo, no era lógico que la madre hubiera decidido escapar de su casa sin llevarse al niño, o sin explicarle al menos la situación. Una desaparición forzada le abría caminos que, aunque desconocidos, explicaban mejor la nueva estructura familiar. Estas vías de pensamiento la llevaron a un supuesto que debía

tomar en consideración: que hubiera mediado violencia, o incluso que la mujer hubiera muerto.

Sin querer llevar más lejos sus razonamientos, la subinspectora ordenó el material para trazar su línea de actuación. Debía comenzar por un registro exhaustivo de la vivienda familiar y un interrogatorio a las tres personas que allí residían. No deseaba cargar las tintas sobre el niño, porque era quien peor lo debía de estar pasando y quien más le podía ayudar a esclarecer lo que realmente había sucedido. El cariño hacia su madre podía llevarle a hablar con total sinceridad, pero no le convenía agobiarlo, para evitar que se encerrara. Debía ganarse su confianza y esperar que poco a poco la ayudara.

Inició de inmediato las diligencias de búsqueda. Comunicó a todas las comisarías del país la desaparición de Mercedes Pastor, y la puso en conocimiento de los principales medios de comunicación. A partir de ese momento se pondría en marcha la maquinaria de investigación del cuerpo de policía para intentar dar con el paradero de aquella persona. Carteles con su foto, información sobre su compleción física y posible vestimenta, anuncios en las páginas web de la policía autonómica y nacional, además de mostrar su imagen en los telediarios de las principales cadenas. La colaboración ciudadana era primordial para lograr su localización o conseguir al menos pistas de su rastro. Lo comunicó también a Europol e Interpol, por si la mujer intentaba salir del país.

La directora del colegio atendía a sus obligaciones cuando apareció la maestra de Andrés para contarle la situación del niño. Preocupada, llamó al teléfono móvil de Tomás para que le ampliara las explicaciones de la profesora.

—¿Qué le ha pasado a su mujer?

—Anteayer se fue de casa. La policía la está buscando, pero de momento no tengo noticias de ella.

—Si podemos ayudarle con Andrés, no dude en decírnoslo.

—Gracias, pero de momento me voy arreglando. Una amiga mía se encarga de él hasta que salgo del trabajo.

—Usted dirá, pero no crea que esa solución pueda resultar satisfactoria. Sabe usted que cada día que pasa sin su madre es peor para el niño. Manténgame informada, por favor.

—De acuerdo. Así lo haré.

4

Mientras se tomaba su expreso matinal en la cocina, Toledo pensó que no le gustaban los casos de desaparición. Por un lado o por otro, siempre resultaban dolorosos, a menos que la ausencia fuera corta y se resolviera sin violencia. Condujo hasta la comisaría, y nada más llegar llamó a Andrade a su despacho.

—Carlos, ¿has pedido la orden de registro?

—Sí, lo hice ayer.

—¿Quién es el juez encargado de la causa?

—Eduardo Torres.

—Avisa a Tomás Cernuda de que iremos a su casa esta tarde a las seis. Que estén todos en el domicilio.

—¿Ha habido alguna información referente a Mercedes Pastor?

—Ninguna.

Cuando subieron al coche, el ayudante le dio la dirección.

—Calle Pintor Sorolla, 23. Vaya por la calle París, yo le indico.

—¿Has podido hablar con él?

—Sí, me ha dicho que saldría con tiempo del trabajo.

Llamó al timbre de la vivienda y esperó hasta oír la doble vuelta de llave.

—Soy la subinspectora Rosa Toledo —saludó al tiempo que le mostraba la placa—, y él es el agente Carlos Andrade. ¿Y usted es?

—Manuela Simón. Pasen, Tomás no tardará en llegar.

—Esperaremos —dijo mientras tomaban asiento en el sofá—. ¿Está Andrés en casa?

—Sí, en su habitación, acaba de venir del colegio. ¿Quiere hablar con él?

—Sí, pero antes dígame, ¿cuánto tiempo hace que conoce a Tomás?

—Desde este verano. Hará unos tres meses. Fui a su oficina a resolver un asunto doméstico, y enseguida congeniamos. Es una persona amable y me ayudó con mi problema.

—¿Cuál era ese problema?

—Se rompió una bajante en el piso donde vivo alquilada. Se salió el agua y se coló en la vivienda del vecino de abajo. Tomás me solucionó el asunto para que el seguro se hiciera cargo de la reparación.

—¿Se dedica Tomás a los seguros de hogar?

—No exactamente. Trabaja en la inmobiliaria propietaria del piso. Hizo las gestiones con la casa de seguros que debía resolver mi problema.

El ruido de la llave en la cerradura y el golpe de la puerta al cerrarse le anunció la llegada del dueño de la casa. Se volvió hacia el recibidor en el momento en que Tomás echaba un vistazo para hacerse cargo de la situación. El gesto del recién llegado le pareció hosco al principio, pero se suavizó enseguida.

—Hola, inspectora.

—Subinspectora.

—Claro, claro.

—Como le anuncié, considero de gran importancia hacer una inspección ocular de su vivienda. Necesito cualquier indicio que me ayude a encontrar a su mujer. No le importa, ¿verdad?

—No, en absoluto. Y, aunque me importara, supongo que usted ya ha tomado la precaución de pedir una orden de registro. ¿Me equivoco?

—No se equivoca. ¿Quiere verla?

—Por favor, dejemos las formalidades. ¿Me permite un momento? —dijo al encaminarse hacia una habitación—. ¿Dónde está el niño? —añadió dirigiéndose a Manuela. Esta señaló una puerta.

El hombre desapareció un momento, volvió con un atuendo hogareño y se sentó.

—Usted dirá.

—Comenzaré hablando con su hijo.

—¿Le digo que salga?

—Me gustaría hablar con Andrés a solas —contestó la subinspectora. Se acercó a la habitación y llamó con los nudillos.

—Hola, Andrés. ¿Puedo pasar?

Entró con cautela. El niño, sentado sobre la cama, jugaba a la consola. Tomando asiento cerca de él, intentó adoptar un gesto agradable.

—Soy la subinspectora Rosa Toledo. Quiero hablar contigo. Estamos solos porque quiero que te encuentres a gusto. Me contarás lo que quieras y nada más que eso. Yo no te voy a obligar a nada. ¿Me entiendes? —El niño cabeceó para afirmar—. ¿Te importa que te haga unas preguntas?

—No —contestó con voz apenas audible, y dejó a un lado la consola, pero su mirada siguió fija en la cama.

—Supongo que están siendo unos días difíciles, no solo por la falta de tu mamá sino por todas las personas extrañas que nos acercamos a ti —dejó que la frase sedimentara en la mente de Andrés antes de continuar. No quería que se sintiera abrumado por sus preguntas—. Tu mamá ha desaparecido. ¿Te lo ha dicho tu papá?

—Sí.

—Sé que es una situación difícil para ti. Vamos a buscarla hasta que la encontremos, pero tal vez sea complicado.

Los ojos del niño se llenaron de lágrimas. La subinspectora le puso una mano sobre la pierna para animarlo a continuar y le ofreció un pañuelo de papel.

—¿Has notado últimamente algún cambio en el comportamiento de tu mamá?

—Sí.

—¿Me podrías decir en qué? —Ante la falta de respuesta, la subinspectora decidió cambiar el tono—. ¿Es cariñosa contigo?

—Sí.

—¿La quieres mucho?

—Sí. Cuando vengo del colegio nos sentamos juntos, vemos la tele y hacemos los deberes. Después yo la ayudo a hacer la cena.

—¿Qué sabes hacer?

—Hacemos croquetas caseras. Yo le ayudo a hacer las bolitas y a rebozarlas.

—Pues estás hecho todo un cocinero.

—Sí —afirmó, y levantó apenas la vista—. Yo quiero ir con ella. ¿Por qué se ha ido?

—Lo siento, no puedo responderte a esa pregunta de momento. ¿Y tu papá, te trata bien?

Rosa Toledo miró a los ojos de aquel niño en cuyo corazón parecía haberse producido un tremendo agujero que nada ni nadie podría llenar. Andrés levantó los hombros, incapaz a todas luces de responder a aquella pregunta ni de explicar lo que sentía. Tras un largo silencio, el niño se removió sobre la cama y se sentó con la espalda contra la pared.

—Papá se preocupa ahora mucho más de mí, pero no entiendo por qué me llama «pequeño».

—¿Y?

—Nunca me ha llamado así. Siempre me decía que mi nombre era Andrés, como el de mi abuelo.

—¿Cuántos años tienes?

—Nueve.

—¿Y Manuela? ¿Es amable contigo?

—Me hace croquetas, pero no son como las de mamá.

La policía lo miró con gesto cariñoso. Un enorme muro parecía alzarse entre aquel niño y el mundo adulto que había pasado súbitamente a envolverlo.

—¿Oíste gritos por la noche?

—Sí... no sé.

—No quiero gobiarte, sé que esto es muy difícil. Volveré a verte, si tú quieres. Encontraré a tu mamá, pero necesito tu colaboración. ¿Me ayudarás?

—Sí.

—Toma —dijo mientras le pasaba una tarjeta—. Llámame cuando quieras.

Le revolvió el pelo a modo de despedida antes de incorporarse de la cama. El niño volvió a su consola.

—Señor Cernuda, su hijo se encuentra fuertemente impresionado por la situación. Me pondré en contacto con el colegio para estudiar la conveniencia de ayuda psicológica.

—Ya había pensado en ello. Yo mismo informaré a la directora.

—¿Notó usted algo extraño en el comportamiento de su mujer los días antes de su desaparición?

—Llevaba una temporada muy distante e irascible.

—No es sorprendente, a la vista de la situación sentimental de ustedes dos.

—Tenía claro que Manuela y yo nos veíamos desde hacía un tiempo y nunca me lo recriminó.

—Pues parece que no le era indiferente —Toledo se levantó de su asiento—. Procederemos a inspeccionar la vivienda.

—Tómese su tiempo —dijo el hombre con un gesto indolente que a Toledo le pareció forzado.

Se enfundó los guantes de látex azul y su ayudante le secundó. Sin mediar palabra empezaron un rastreo de todas las dependencias de la casa, mientras Tomás y Manuela esperaban en silencio.

Se trataba de una casa antigua, con dos habitaciones. El pequeño recibidor de la entrada daba paso a un salón comedor en el que se abrían puertas a los dormitorios, la cocina y el baño. Mientras Andrade se dirigía a la cocina, la subinspectora revisó armarios, papeles, objetos personales... Sobre el mueble del comedor descansaba un ordenador portátil.

—¿De quién es?

—De mi mujer.

—¿Tiene móvil?

—No, siempre ha dicho que no lo necesita.

En uno de los cajones encontró otro ordenador y una cámara de vídeo un poco antigua. Nada más sacarla, Tomás reaccionó.

—Es mía. La compré en Tenerife, en nuestro viaje de novios.

—¿Y el ordenador?

—También es mía.

Andrade se adentró en el baño, lleno de cremas de belleza, champús y acondicionadores. Junto al lavabo había una antigua bañera de cuerpo entero, que ocupaba gran parte del cuarto. Al fondo, junto a la ventana al patio de luces, el inodoro, y encima de él, un armario atestado de medicinas, las habituales en cualquier casa, excepto un frasco con un compuesto químico inusual. El agente se asomó al salón con la botella en la mano.

—¿Para qué utilizan el formol?

—Cosas de mi mujer. Le gusta alisarse el pelo.

—¿Con formol?

—Sí.

En el suelo del recibidor, la subinspectora se detuvo a observar un desconchón en una de las baldosas hidráulicas.

—¿Y esto? —dijo, al tiempo que indicaba al hombre que se acercara.

—No sé, una baldosa rota.

—Sí, pero fíjese —le dijo cuando lo tuvo a su lado—, los cantos están vivos. Parece un deterioro reciente.

—No le sé decir.

Cuando volvían al salón apareció el ayudante con un pequeño pedazo de plástico.

—Al abrir el cajón de su mesilla ha caído esta lengüeta. No sé si ha sido casual.

—No lo es. Soy un poco maniático de mis cosas —dijo Tomás en tono un tanto agrio.

—Lamento incomodarlo.

—No se preocupe —continuó más calmado—. Es un testigo. Si alguien que no sea yo abre el cajón, la lengüeta cae y me avisa.

Toledo acompañó a su ayudante de vuelta a la habitación de matrimonio. Abrió el armario de la ropa. En el lado de ella, todo estaba impecablemente colgado de sus perchas y los estantes aparecían repletos de blusas, lencería y pañuelos coloridos. En el de él, los pantalones y trajes tenían el mismo aspecto ordenado. Revisó los cajones, pero no hubo nada que llamara su atención, salvo la tremenda cantidad de camisas que había allí, todas perfectamente planchadas y arregladas. Aun a riesgo de arrugarlas, metió la mano hasta el fondo y las revisó. En la mesita de Mercedes había una caja con bisutería de buen gusto en distintos departamentos. No parecía faltar ninguno de los elementos de uso y disfrute personal, ni los que parecían más cotidianos ni los menos habituales.

—Señor Cernuda, mañana pasaré a charlar con usted por su trabajo. ¿A las diez le va bien?

—Sí, no hay inconveniente.

—Entonces, hasta mañana. Me llevo el ordenador de Mercedes. Pasará un químico del cuerpo a estudiar el desconchón de la entrada. Señora Simón, me gustaría tener con usted una nueva entrevista. Ya le avisaré. ¿Vive alguien en el piso de al lado?

—Sí, la señora Luisa.

La subinspectora llamó al timbre.

—Buenas tardes, señora. Somos de la policía. Estamos investigando las circunstancias de la desaparición de Mercedes Pastor.

—Pasen, pasen. En estos momentos me estaba haciendo un té. Siéntense, por favor. ¿Quieren acompañarme?

—No, gracias. Dígame, ¿oyó usted algo extraño la otra noche? ¿O a la mañana siguiente?

—No, lo siento mucho. Es habitual oír comentarios, o alguna palabra más alta que otra, pero esa noche no oí nada. Tal vez fuera porque tuve el sueño especialmente profundo. Ya sabe que las personas mayores dormimos poco, y el médico me ha aconsejado que cuando no pueda dormir me tome una pastilla, así descanso mejor. Si hubiera estado despierta y hubiera oído jaleo me habría alarmado, pero igualmente me habría extrañado el silencio, porque

últimamente en esa casa la tranquilidad es algo excepcional. En cualquier caso, no recuerdo ningún altercado.

—¿Se había tomado algún somnífero?

—No lo recuerdo, aunque los tomo a menudo.

—Muchas gracias —dijo Toledo al levantarse.

—No hay de qué. Les acompañaré a la puerta. De todas formas, si quieren saber algo de lo que pasó esa noche o cualquier otra suban al tercero B, justo aquí encima. Seguro que Rosario les podrá informar. Yo sé cuándo entra y sale porque oigo sus tacones, pero ella parece que tenga un radar. Cosa que haces, cosa que se entera.

—¿Quién vive en los pisos de encima y debajo de sus vecinos?

—Están vacíos. Los del primero se mudaron a la costa hace aproximadamente un año, y la del tercero se murió esta primavera.

—¿No han venido propietarios nuevos?

—Son pisos viejos, la verdad. Además, parece que en la situación actual no se vende nada.

Nada más pulsar el timbre de llamada en el tercero se oyó una voz al fondo de la vivienda.

—Voooy.

Una mujer cuarentona, entrada en carnes y con los rulos en la cabeza, abrió la puerta.

—Hola —saludó mientras intentaba recomponer su figura sin mucho éxito.

Hechas las presentaciones, Toledo no llegó a formular la primera pregunta.

—Supongo que vienen por lo de Mercedes.

—En efecto. Queríamos saber si usted oyó algo la noche que desapareció.

—Ya me gustaría poderles informar a fondo, pero resulta que esa noche tuve una visita —dijo con una mirada dedicada a Andrade—. Porque cuando me arreglo no estoy tan mal, no se piensen. Resulta que vino a verme un novio que he hecho por Internet, y claro, organizamos un poco de juerga. Pero, ahora que lo pienso, sí que oí algo que me extrañó. Ya habíamos terminado nuestra fiesta

y estábamos tumbados en mi cama. Puedo hablar con franqueza, ¿verdad? Pues eso, que ya estábamos tranquilamente haciéndonos carantoñas cuando oí un estrépito en el piso de los Cernuda. Eran ruidos fuertes, como de cosas que golpeaban contra las paredes o el techo, y a continuación un portazo. Después hubo silencio, pero al rato se volvían a oír movimientos, ya mucho más lejanos. No le puedo decir más, porque yo misma volví a emitir sonidos en esos momentos, aunque estos respondían a estímulos más cariñosos. Ya sabe —dijo, y volvió a dirigirse a Andrade.

—Muchas gracias, señora.

De vuelta hacia la comisaría con la subinspectora al volante, comentaron la especial idiosincrasia del vecindario y la escasa información obtenida.

—Lo evidente —dijo Andrade— es que medió violencia en la desaparición de Mercedes.

—Pero no está claro que ese fuera el desencadenante. Seguramente el conflicto venía larvado con anterioridad.

—¿Quién debió de hacer la llamada anónima?

—Al parecer era una voz femenina, pero no han podido averiguar el teléfono desde el que la hicieron. Quizás era una cabina telefónica.

—Si fue así, la persona debió de buscar mucho, porque apenas quedan cabinas. ¿Cree que pudo ser la propia Mercedes? Resultaría extraño, si dejó una nota de despedida.

—Es Tomás el que ha hablado de la nota. Tal vez ni siquiera haya existido.

—Llama la atención la extrema pulcritud y orden del piso.

—¿Has visto algo raro en el registro?

—Si se refiere a algo llamativo, nada de nada. Ni folletos turísticos ni reservas de tren o avión.

—Y la ropa perfectamente dispuesta para su uso.

En su posición de copiloto, Andrade abrió el portátil de Mercedes. Tras el tiempo de inicio del ordenador, el agente reaccionó de inmediato.

—Uf, esto es un auténtico galimatías. ¿En qué quedamos, Mercedes ordenada o caótica? Habrá que dedicarle un tiempo a escudriñar todos los rincones.

—Habla también con el equipo técnico, que hagan un informe del desconchón de la entrada. Tiene el aspecto de un desperfecto reciente, contra la opinión del dueño de la casa. Su actitud resulta un poco huidiza, aunque se empeñe en aparentar cordialidad. No me creo que su mujer supiera de sus escarceos y no le importara. Más extraña aún es la prisa en llevar a su nueva pareja a la casa.

—Tal vez lo haya hecho por simple comodidad. No parece hombre al que le gusten los niños, ni siquiera el suyo. Su nueva pareja puede cubrir esos espacios para que el hijo no le dé más problemas de los debidos.

—Es difícil para una mujer meterse en una casa que no es la suya y sustituir de un plumazo a la madre de un niño. Hay que tenerlo muy claro o estar muy enamorada.